

La Universidad Jesuita como nuevo Proyecto Humanista

Fernando Montes Matte SJ

Abstracto

La Compañía de Jesús nace en un cambio de época. Está en su carisma enfrentar y asumir una nueva cultura. Ella asumió el Renacimiento con su cultura clásica como camino para evangelizar. Eso supuso aceptar las culturas y a la vez un concepto más integral de evangelización. La cultura del renacimiento se ha agotado y es tarea de nuestras universidades proponer un nuevo humanismo. Al asumir la Globalización como un hecho irreversible debemos tener una mirada crítica y a la vez propositiva.

La cultura de la globalización está marcada por la economía y tiene falencias. A partir de dichas falencias se proponen líneas de reflexión y contenidos para una nueva pedagogía. Eso permite redescubrir la fuerza del cristianismo y nos da la oportunidad de reforzar nuestra identidad.

La historia humana es lineal, se despliega un día y otro día, un año y otro más. Si bien Mircea Eliade nos habló del mito del eterno retorno, hoy sabemos que esa historia va avanzando inexorablemente aunque discutimos sobre su final. En su progresar siglo tras siglo, hay circunstancias en que una conjunción de hechos provoca lo que hoy llamamos cambios de época, momentos especiales que parecen interrumpir la marcha y entonces la humanidad necesita reencontrar su orientación. En un cambio de época la cultura, los valores, los símbolos, los mitos se cuartejan y dejan de ser significativos, produciendo un enorme desconcierto. La educación se hace casi imposible porque los padres ven que el patrimonio cultural que quieren transmitir a sus hijos no es recepcionado. Cuando la caravana humana se desorienta porque los valores aceptados se muestran incapaces de orientar razonablemente el caminar, es indispensable recalibrar las cosas.

La cultura es clave para entender el comportamiento humano

Para entender al ser humano, tenemos que comprender la cultura que lo orienta, que configura su alma, que da el modo de hablar y los parámetros que ordenan la vida. Esa cultura se impone como obvia en la sociedad. Comprender la cultura supone entender los valores y sobre todo los fundamentos en que ellos se basan. En un cambio de época lo que

verdaderamente suele cambiar es aquello de donde esos valores extraen su atractivo, su razón de ser, su fuerza y coherencia. ¿Por qué valen? ¿Por qué es bueno respetarlos? Hay que fundamentar los valores para aceptarlos y entenderlos.

El ser humano necesita la cultura para existir humanamente, para relacionarse con otros, para entenderse, para amar, para dar sentido a la existencia. La cultura, recibida como un regalo de la sociedad, viene a complementar la naturaleza y permitir su desarrollo en vida humana. Una cultura se convierte en parte de nuestro ser y cuando ella se desarticula puede deshumanizar la vida. Por eso en un cambio de época cuando la cultura basal es cuestionada vuelve a plantearse con fuerza la pregunta eterna del salmista: ¿Qué es el hombre? (Ps.8). Para comprender lo humano más que descifrar el ADN o el comportamiento de las células importa descifrar la cultura que lo orienta y define. Las ciencias naturales o una filosofía que no tenga en cuenta la historia y la cultura nunca serán capaces de fundar un verdadero humanismo. El humanismo es una cultura centrada en el ser humano y su progreso.

El humanismo que nos vio nacer fue superado

A mediados del siglo XV Gutenberg inventó la imprenta y se introdujo un modo nuevo de almacenar y difundir el conocimiento. Nacieron las ciencias, con Copérnico la tierra dejó de ser el centro, se inventaron los astrolabios que permitieron a los navegantes descubrir nuevas tierras hasta llegar a América. Se produjo la primera gran globalización. Entonces se derrumbó la edad media con parte de su bagaje cultural. Todas las certezas se quebraron. Se quebró una cultura; se quebró Europa; se quebró la Iglesia. Fue necesario entonces repensar la cultura medieval y refundar uno nuevo humanismo.

Ante el desconcierto que produjo el cambio de época al final de la Edad Media se impuso la necesidad de redefinir la marcha humana. Las miradas se volvieron a la antigüedad clásica y surgió el renacimiento como un gran intento de redefinir el humanismo y la cultura.

Ignacio, nació en medio de ese cambio y desconcierto y fue uno de sus aportes como cristiano enfrentar creadoramente los tiempos que nacían. Pertenece a nuestro carisma la sensibilidad para situarnos en un cambio de época. La tradición Jesuita, fue especialmente sensible a la dimensión humanista de la cultura. Los jesuitas nacieron a la vida cuando muerta la edad media, descubierta América, abiertas las rutas de navegación se creó un mundo nuevo y, se constituyó la primera gran globalización.

Los jesuitas asumieron eso como algo esencial para su sistema educativo y poder evangelizar, para hablar el lenguaje de su tiempo, y para entender a sus contemporáneos. Esta tradición supone una historia larga de respeto por las culturas, de búsquedas honestas de la verdad. La Compañía de Jesús tiene ejemplos notables en este sentido., El Padre Mateo Ricci, De Nobili y otros. Esos misioneros tenían un tipo de mentalidad abierta que aceptaba las culturas para encarnar en ellas, con formas nuevas, el fondo del mensaje de Jesús. Ellos hicieron en Asia lo que otros hicieron en Europa al asumir el humanismo renacentista.

E este modo, los primeros jesuitas en Europa asumieron, como un método para evangelizar, el humanismo tal como se definía en el siglo XVI y eso tuvo dos consecuencias. En primer lugar eso supuso una profunda apertura de espíritu para aceptar que los clásicos y los no cristianos tenían mucho que enseñarnos en la comprensión cabal del evangelio. Creer que nadie ni nada por alejado que esté de la verdad deja de tener algo de verdad es una actitud clave para ser fieles a nuestra tradición . Esa opción por encarnar el cristianismo en el humanismo, tuvo una segunda consecuencia. Al asumir el humanismo greco latino con las enseñanzas filosóficas, morales, estéticas de la antigüedad, los jesuitas reconocieron que la genuina evangelización no se limitaba a lo estrictamente religioso, sino que comprendía la formación integral, la formación cívica y política, la formación estética, literaria y moral. El que es humanista no es sólo un experto en religión. Tiene una visión capaz de asumir las otras dimensiones del saber y de la existencia humana.

El humanismo en que se expresó nuestro carisma original fue superado y nuestras universidades tienen como misión repensar uno nuevo..El renacimiento fundó su humanismo volviéndose hasta los tiempos clásicos, idealizándolos. Pero fue individualista, elitista, apátrida, esteticista y muy poco social. Puso al hombre en el centro resaltando su razón y su libertad olvidando los elementos afectivos y dionisiacos, generando después un racionalismo estrecho como señala Alain Touraine, en su **Crítica a La Modernidad**.

Comenzamos una época y eso nos obliga a situar al ser humano y su destino

Sin duda hoy nos toca vivir y ser actores de un cambio muy radical en la historia tal vez mayor que el producido al final de la edad media. ..Después de Darwin, después de Nietzsche y Freud, habiendo descifrado el código genético, teniendo a disposición una impresionante tecnología, surge con más fuerza la antigua pregunta: ¿Qué es el hombre?

Tenemos que responderla con mucha honestidad y en eso juegan un rol nuestras universidades..

El humanismo no trata sólo de definir al ser humano, sino también de entender su misión, de entender su destino, su paso por la tierra y su rol en el cosmos..

Es un hecho: se acabó el mundo que recibimos y la cultura tradicional está cuestionada. Nuestra cultura recibida y compartida, la que ordenaba nuestras vidas se ha resquebrajado sin retorno.

Tenemos la obligación de pensar el reemplazo, tenemos que ser honestos intelectualmente para ver cuales son los caminos actuales de humanidad. Eso no significa necesariamente que se acabaron los valores. Hay que pensar cómo fundarlos para hacerlos aceptables, significativos y atractivos.

Los límites de nuestra cultura globalizada son una oportunidad
para repensar el humanismo

En este tiempo de globalización andamos todos buscando. Creyentes y no creyentes, intelectuales y gente sencilla, tenemos que ayudarnos mutuamente en la búsqueda que es necesaria para vivir como seres humanos. La literatura moderna manifiesta esta búsqueda y desconcierto universal. Baste algunos ejemplos como el **Tratado de la Ceguera** y el **Mito de la Caverna** de Saramago; las novelas de Houellebecq como las **Partículas elementales**; **El último Encuentro**, de Sandor Marai donde se describe la relación entre dos ex generales que constatan que ya nada queda del mundo que compartieron. El mundo que nos educó ya no existe, también cambió Iglesia que nos formó.

En este contexto, reflexionar sobre humanismo se convierte en una responsabilidad, en una necesidad y en una tremenda oportunidad. Que triste sería que avanzáramos económicamente, haciendo carreteras, introduciendo una alfabetización digital con olvido del ser humano. No hay tarea más importante para una universidad hoy que trabajar la cultura para plasmar en ella una visión humana. Este es el corazón de nuestro proyecto universitario

El problema que tenemos hoy es que la globalización nos ha impuesto una cultura, un esquema mental, que es tal vez aceptable como esquema económico, pero que como modo de pensar para orientar toda la vida y todas las relaciones humanas es extremadamente estrecho. La economía ha ocupado el centro de la cultura y se ha convertido en el parámetro para medir el progreso.

La cultura economicista de la globalización actual es en extremo elitista, individualista, competitiva y no hay lugar en ella para la gratuidad, para pensar el dilema del sentido o para procesar el dolor, el fracaso y la muerte. Ha relegado a lo privado dimensiones esenciales de la vida humana.

Por razones de espacio, me limitaré a indicar algunas pistas que nos ayuden a asumir nuestra cultura introduciendo en ella grandes complementos para humanizarla. Las mismas

limitaciones de la cultura actual nos permiten redescubrir el valor del cristianismo y su impresionante pertinencia actual.

Señalo desafíos que son retos para nuestras universidades, para nuestra investigación, para nuestra pedagogía y para darnos una renovada identidad.

a) Ante una cultura que insiste en los medios, el humanismo debe insistir en el problema del sentido. El ser humano necesita articular el tiempo: asumir el pasado y proyectar el futuro. Antony Giddens en **El mundo desbocado** nos recuerda que “Ninguno de nosotros tendría algo por lo que vivir si no tuviéramos algo por lo que merece la pena morir” Nuestra cultura no recoge adecuadamente la historia y propone metas cortas de progreso material. Eso genera desarraigo y sentido de angustia (Heidegger). Sin finalidad no hay jerarquía de valores ni libertad ante los medios. Es necesario replantear el sentido de la trascendencia humana. Ocultarnos el problema del fin es engañarnos. La pregunta en torno a Dios ha sido un tema central de toda cultura, pero relegado a lo privado por la nuestra.. Cerrar la razón a esta dimensión es el más grave de los renuncios.

b) Ante una cultura hondamente individualista el nuevo humanismo recupera lo social y la justicia. Ante la soledad, es esencial refundar la solidaridad. Recibimos la vida y la cultura de otros y no podemos vivir aislados. Esto supone recuperar el sentido del deber junto a la proclamación de los derechos como lo ha señalado Benedicto XVI, y del mismo modo supone revalorizar el sentido de lo político.

c) Ante una cultura del éxito hay que darle un lugar razonable a los vencidos, a la derrota y al dolor. La cultura actual olvida que todos lloramos y sólo da lugar a los exitosos. El cristianismo nos permite procesar el dolor y convertirlo en experiencia y factor de humanización.

d) Ante una cultura que privilegia el mercado para asignar valor, es necesario redescubrir la gratuidad y la verdadera libertad. Lo más humano de lo humano es gratuito, se da y se recibe como don. La belleza, la amistad, la sonrisa, la fiesta, el ocio no se compran. Si queremos la felicidad, la primera y la última pregunta girará finalmente siempre en torno al Amor. Este se privatizó y se erotizó.

En torno al problema de la gratuidad resulta esencial una reflexión a fondo sobre la sexualidad y el amor humano que sea capaz de dar cuenta de todas las dimensiones que éste tiene: complementariedad de los amantes, placer, reproducción, relaciones humanas, familia etc.

La irrupción de la mujer en la nueva cultura nos obliga a redescubrir su aporte en el proceso de humanización. Debemos contribuir a potenciar la inserción de lo femenino en una cultura de la producción, del control, del éxito. La participación femenina no puede convertirse en mero entrar en un mundo masculinizado sino en enriquecer el conjunto con el “eterno femenino”

e) Ante una cultura que arrebató al hombre su trabajo convirtiéndolo en mercancía el nuevo humanismo piensa al hombre como sujeto creador y descubre la dignidad del trabajo. El trabajo para una mayoría se ha convertido en alienación. Esto supone resituar al hombre ante la técnica y las nuevas formas y relaciones de producción.

f) Ante una cultura que privilegia la verdad instrumental es urgente darle lugar a una racionalidad más compleja. No es razonable el racionalismo estrecho que muchas veces se expresa en nuestras universidades. Nos definimos sólo por la búsqueda de la verdad pero casi no damos lugar al amor, a la belleza, al bien, a la fe que son dimensiones centrales e ineludibles de la existencia humana. Caritas in Veritate nos abre un mundo para repensar la racionalidad humana,

g) Ante un modo de participación que se ha concentrado en la posibilidad de consumo, el verdadero humanismo social debe redescubrir el bien común. La plena realización del ser humano supone una red de participaciones en la vida cívica y política, en la comunidad, en la empresa, en los frutos del trabajo común, en la cultura. Parte de la constitución del sujeto es definir la riqueza de su participación y responsabilidad.

h) Ante una cultura ahistórica que se impone y prescinde de las identidades locales es esencial redescubrir el valor y los aportes de las culturas locales, de las historias particulares que enriquecen el conjunto, del folklore, las étnias. Globalización sin identidades es atropello, destrucción y colonialismo.

i) Ante una cultura elitista centrada en el príncipe (Maquiavelo) y la formación de los líderes el nuevo humanismo da un lugar privilegiado al pobre y a los marginados. Porque ellos no centran su existencia en el tener o el poder nos muestran mejor la esencia humana. El marginado debería ser centro para entender las funciones del estado, para definir el progreso y para comprender el genuino bien común.

j) Ante una cultura que piensa la libertad de modo egoísta e individual, como una garantía para que cada uno elija entre una oferta cada vez más abundante, es necesario repensar la libertad como un camino de responsabilidad con el mundo y los demás. Jesús nunca fue más libre que cuando estuvo clavado entregando su vida. Una libertad sin compromisos es una parodia.

k) El renacimiento puso al ser humano en el centro y eso terminó por dañar seriamente la naturaleza que es el habitat de todos. La reacción actual ha ido al extremo de un ecologismo que no logra situar al ser humano en la naturaleza. La ecología debe ser un tema mayor del nuevo humanismo redefiniendo desde el ser

humano las relaciones de este con el cosmos. Ser centro, gestor y fin no puede significar ser abusador y destructor.

l) Ante una cultura que ha entrecruzado culturas hemos de saber redefinir el pluralismo como un enriquecimiento de todos porque cada cultura se acerca a la verdad desde un ángulo. Pluralismo no puede significar total relativismo porque eso destruye toda posible comunicación humana, toda responsabilidad y finalmente todo fundamento a la ética. El genuino pluralismo reconoce que todos tienen algo que aportar, que tenemos que escucharnos y enriquecernos. El verdadero pluralismo no pone en duda el bien y la verdad, pero acentúa nuestra debilidad para alcanzarlos. Por eso no se construye de silencios sino de respetos. No se acallan las identidades sino que se exponen respetuosamente. Supone humildad para escuchar y sabiduría para exponer.

m) Finalmente ante una cultura que ha multiplicado hasta el infinito la información, los recursos, las posibilidades de desarrollo, el verdadero humanismo no puede consistir en una mirada negativa o de rechazo sino de sabia integración. Afirmar que hay limitaciones no es negar que hay bondades. No se puede pensar un nuevo humanismo sin integrar jubilosamente la técnica y las ciencias, sin agradecer el progreso material y las nuevas posibilidades que se ofrecen al ser humano. Necesitamos una filosofía que pueda dar cuenta del progreso histórico, del universal y del caso particular, de la utopía y de la política, que no baje las metas y reconozca las limitaciones; que no detenga la historia y acepte la posibilidad de progreso no sólo material sino del conocimiento y la intelección.

Doble Conclusión

La mirada a todo lo que puede significar un nuevo humanismo nos permite reencontrarnos con la figura y el mensaje de Jesús

Es impresionante cómo las falencias de la cultura hodierna permiten redescubrir Evangelio de Jesús dándole una increíble pertinencia. Una visión de la trascendencia encarnada, una comprensión del valor de la genuina libertad y responsabilidad humana en el campo moral, de la dimensión solidaria de la existencia, del valor de la entrega, del sentido de la muerte es hoy necesaria. No deja de sorprender la posición de Jesús frente a Dios, frente al poder, frente a las riquezas, al pobre, a la ley, a la justicia. Son todos temas de apasionante actualidad.

En esta misma dimensión cabe señalar la riqueza del modo cómo Ignacio nos enseñó a acercarnos a Jesús y a su evangelio: amor personal, seguimiento, misión encarnados creativamente dentro de un mundo en profundo cambio.

Sin duda esto nos lleva a volvernos a nuestras universidades, que son parte de una caravana y una tradición. Está en el centro de nuestra misión la humanización y la encarnación del evangelio en los parámetros del mundo que nos toca vivir. Nacimos en un humanismo que pasó y nuestra principal misión es contribuir a recrear un humanismo que nos permita asumir todos los progresos sin perder el alma, sin quedar destruidos en el camino.

Repensar el humanismo es tarea de la universidad, formar hombres y mujeres empapados de estos ideales, creadores de un mundo nuevo. Esto debería marcar nuestra investigación y sobre todo nuestra pedagogía.

Nuestras universidades situadas en toda la tierra, no pueden permitir que la globalización, gestionada por un liberalismo económico extremo, siembre inhumanidad, desigualdades, soledades y lágrimas.

La posición de Ignacio fue asumir, usar correctamente todos los medios orientándolos adecuadamente al fin. Eso supone complementar y enriquecer aquellos puntos donde existen falencias. Si queremos perdurar tenemos que redescubrir, acentuar y gestionar nuestro carisma fundacional, contribuyendo a refundar un humanismo. No es tarea de un día

y ni trabajo de unos pocos. Pocas instituciones tienen tantas posibilidades como nosotros de hacer en esto un aporte perdurable a la humanidad.